

COMENTARIO ACERCA DEL CASO BELCEBÚ

Gabriel Donzino*

Resumen

A partir de la presentación del caso clínico de un niño de 10 años llamado Belcebú, atendido durante la pandemia de forma virtual a lo largo de un año y cuatro meses, se realiza un comentario teórico-clínico puntualizando los aspectos vinculados a: los enunciados identificatorios; el niño en la estructura familiar y, como aspecto más relevante, el lugar del juego producido en las sesiones, el que sostenido por la mirada posibilitadora de la analista, le permitió al niño elaborar y rescribir marcas identitarias, en pos de una subjetivación menos tanática.

Palabras clave: caso clínico; enunciados identificatorios; lugar en la estructura familiar; juego elaborativo.

COMMENTARY ON THE BEELZEBUB CASE

Summary

Based on the presentation of the clinical case of a 10-year-old boy named Belcebú, treated virtually during the pandemic for a year and four months, a theoretical-clinical comment is made, pointing out the aspects related to: the identifying statements; the child in the family structure and, as a most relevant aspect, the place of the play produced in the sessions, which, supported by the analyst's enabling gaze, allowed the child to elaborate and rewrite identity marks, in pursuit of a less thanatic subjectivation.

Key words: clinical case; identifying statements; place in the family structure; elaborative play.

COMMENTAIRE SUR LE CAS CLINIQUE DE BELZÉBUTH

Résumé

Sur la base de la présentation du cas clinique d'un garçon de 10 ans nommé Belcebú, traité virtuellement pendant la pandémie durant un an et quatre mois, un commentaire théorique-clinique est fait, soulignant les aspects liés: aux énoncés identifiants; l'enfant dans la structure familiale et, comme aspect le plus pertinent, la place du jeu produit dans les séances, qui, soutenu par le

* Psicólogo Psicoanalista. Profesor Titular en la Carrera de Especialización en Psicoanálisis con Niños de UCES (en convenio con APBA). Secretario Académico de la Carrera de Especialización en Psicoanálisis con Adolescentes de UCES. Codirector de LUPAA (Laboratorio UCES sobre Problemáticas Actuales en la Adolescencia). Coautor del libro *Marcas en el cuerpo de niños y adolescentes* (compilado por Janin, B. y Kahanshy, E., Noveduc, 2009). Compilador y coautor del libro *Culturas adolescentes. Subjetividades, contextos y debates actuales*. Buenos Aires, Noveduc, 2015 y *Problemáticas adolescentes. Intervenciones en la clínica actual*. Buenos Aires, Noveduc, 2017. E-mail: gabdonzi@fibertel.com.ar

regard habilitant de l'analyste, a permis à l'enfant d'élaborer et de réécrire des marques identitaires, à la poursuite d'une subjectivation moins thanatique.

Mots clés: cas clinique; énoncés identifiants; place dans la structure familiale; jeu élaboratif.

COMENTÁRIO SOBRE O CASO BELZEBU

Resumo

A partir da apresentação do caso clínico de um menino de 10 anos chamado Belcebú, tratado virtualmente durante a pandemia por um ano e quatro meses, é feito um comentário teórico-clínico, apontando os aspectos relacionados: a os depoimentos identificadores; a criança na estrutura familiar e, como aspecto mais relevante, o lugar da brincadeira produzida nas sessões, que, amparada pelo olhar capacitador do analista, permitiu à criança elaborar e reescrever marcas identitárias, em busca de uma subjetivação menos tanática.

Palavras chave: caso clínico; declarações de identificação; lugar na estrutura familiar; jogo elaborativo.

Un taller clínico, como su nombre lo indica (“lugar en que se trabaja una obra de manos; Escuela o seminario de ciencias), nos convoca a un espacio de reflexión, tiempo del pensar compartido acerca de un caso, donde la escucha de cada uno sobre un tema elegido, nos permita explorar el abanico de aspectos de los cuales ese paciente es ejemplar. Un taller, nos conduce a ingresar a lo que solemos llamar –muy poco académicamente-, “la cocina de la clínica”.

El material, generosamente expuesto por la Lic. María de la Paz Infanti, es ejemplar para desarrollar varios temas teórico-clínicos, en este caso respecto de un niño de 10 años, atendido durante la pandemia de forma virtual a lo largo de un año y cuatro meses.

Voy a tomar del material tres temas que me parecieron interesantes de comentar.

Uno es los enunciados identificatorios; otro el lugar del niño en la estructura familiar, y el tercero, quizá el más importante, el lugar del juego que, sostenido en una mirada posibilitadora de la analista, permite elaborar y rescribir marcas identitarias, en pos de una subjetivación más erótica.

Como verán para cada tema, se articulan una inmensa variedad de aspectos que esperamos puedan ser incluidos en el debate posterior.

Quizá sea un punto de partida muy poco novedoso, comenzar por la consideración teórica de que el ser humano es un ser de historia, de vínculos; llega al mundo precedido por un mito, una prehistoria, un deseo parental que, para bien o para mal, nos determina de inicio. Este primer punto de enajenación es, en tanto somos representantes de la especie humana, fundacional y estructurante. Piera Aulagnier escribe al respecto: *"El yo no puede habitar ni investir un cuerpo desposeído de la historia de lo que vivió. Una primera versión, construida y mantenida en espera en la psique materna, acoge a este cuerpo para unirse a él. Forma siempre parte de ese "yo anticipado" al que se dirige el discurso materno, la imagen del cuerpo del niño que se esperaba. Si el yo anticipado es un yo historizado que inserta de entrada al niño en un sistema de parentesco y con ello en un orden temporal y simbólico, la imagen corporal de este yo, tal como la construyó el portavoz, conserva la marca de su deseo"* (1991, p. 134).

También Winnicott distinguía con claridad el comienzo del origen de un ser humano (Winnicott, (1989 [1966, 1987]).

El comienzo, no puede dudarse, es desde un punto de vista biológico, la concepción: cuando el bebé se engendra y luego nace. Pero desde el punto de vista psicológico, su origen estaba ya antes de esa concepción, tal vez cuando su madre fantaseaba con sus muñecas, jugando a ser mamá. Escribe Winnicott: *"Los hijos comienzan a ser cuando son fantaseados"*, (Winnicott, 1989 [1966, 1987], p. 73). Belcebú parece que leyó a Winnicott; dice en una sesión: "Yo fui un hijo no deseado. Nací por accidente. No fui imaginado".

La conocida fórmula freudiana *"his majesty the baby"*, reúne en pocas palabras, el necesario traspaso libidinal que el niño ha recibido, constitutivo del narcisismo primario. Y de ello el nombre propio, signo elegido por los padres conforme a un deseo, nos marca con un sello untado en tinta indeleble que hace que si, por

ejemplo, escuchamos nuestro nombre en la calle nos demos vuelta como si fueramos el único mortal nominado de ese modo. El nombre propio hace a nuestra identidad.

En el caso presentado, el nombre elegido para el bebé recién nacido es el de un demonio, uno de los tantos nombres con que se lo nomina: Belcebú. No fue Amador, ni Angel, ni Apolo... Belcebú, nombre de uno de los siete príncipes del infierno, “dueño de la inmundicia”, debido a que se le asoció sin intermediarios con el pecado capital de la gula, describe Infanti.

Para Françoise Dolto (1986 [1984]), el nombre propio se enraíza en lo que ella denomina Narcisismo primordial o fundamental y se articula con la Imagen Inconciente del Cuerpo de Base, que es el sustrato de lo autoconservatorio. Unifica de un modo inalterable y duradero a lo largo del tiempo, siendo núcleo de la mismidad de ser.

Pero ciertamente no es lo mismo llamarse “Bárbara Dont Worry” que “Soledad Dolores Solari”...¹

Aunque un demonio podría ser también un diablito pícaro, audaz, atrevido, procaz, etc. Éste en cambio es significado con otros condimentos identificatorios tales como: mentiroso, manipulador, voraz, materialista, barril sin fondo... modos con que la madre y el padrastro se protegen del dolor de pensar que el niño tal vez sufra...

¿Cómo fueron para este niño las condiciones de subjetivación tempranas ...? Si tomamos las consideraciones de Piera Aulagnier citadas precedentemente, un tema interesante a pensar son las consecuencias del encuentro entre la “versión” construida por el otro materno, con el cuerpo del niño pero metabolizadas (es decir, lo que quedó en el niño de todo esto).

La eficacia de los enunciados identificatorios se comprenden en dos tiempos: uno proveniente del “portavoz” o “sombra hablada” que vehiculiza el deseo y

¹ Nombres de dos personajes creados por el actor humorista argentino Antonio Gasalla.

discurso familiar; y otro tiempo que es lo que cristaliza en el Yo del *infans*, coincidente o no con lo previo, pero que será la base identitaria sobre la que el Yo hará parte de su representación de sí. En este sentido Winnicott escribe: *“Hay un momento muy definido en la vida de cada niño, aunque de localización temporal imprecisa, en el cual el niño toma conciencia de su propia existencia y posee cierta identidad, establecida no en la mente de los observadores sino en la mente del niño”* (Winnicott, 1989 [1987], p. 79).

Cabría distinguir aquí que las estructuras de partida son necesarias pero no suficientes, falta ubicar la posibilidad de que el niño realice su propia metabolización de lo ofrecido. Siguiendo a Ricardo Rodulfo (1989): las estructuras de partida no son causas, sino condiciones.

La pregunta: “¿Cuáles aspectos tomará y cuales rechazará el pequeño sujeto de ese gran archivo?” (Rodulfo, R., p. 124), se hace entonces fundamental para contar en el curso del análisis, con la posibilidad de elaboración y cambio.

En el caso presentado el modo en que Belcebú se presenta al inicio en la consulta expresa una imagen de sí como alguien que hace el mal. Dice: “hago muchas cosas malas: lavo mal los platos, siempre hago lo que yo quiero, que no puedo pelotudear, no hago la tarea”, “no quiero pelearme con mamá, no quiero hacerle mal”, “Estoy acá para cambiar lo que soy yo. Soy un demonio”.

También en lo dicho por el padrastro escuchamos el correlato de esta autosignificación al temerlo por ser un niño mentiroso capaz de denunciarlo por violencia.

El fantasma demoníaco, de posesión y exorcismo queda planteado desde el momento en que el niño explica que su nombre Belcebú es el exorcista, refiriéndose a la película, “quien le saca lo que tenía en el cuerpo a la nena poseída”. Interesante confusión que denota ser él el demonio a la vez que quien lo exorcisa. ¿Quién es el demonio, quién es el que exorcisa, quién el poseído?

Segundo punto: lugar del niño en la estructura familiar

El embarazo de Belcebú fue sorpresivo para su joven madre de tan sólo 17 años. El fruto de su encuentro con un joven con adicciones al alcohol y las drogas, hizo que la abuela materna transformara esa sorpresa en rechazo. La abuela de Belcebú no acepta esa concepción y propone abortarlo. Opino que la noticia de ese embarazo da continuidad a alguna vieja disputa entre madre e hija. El recorte del material no nos aporta elementos para desarrollar esta hipótesis por lo cual lo señalo solo como una idea de algo factible (rastreable en la premisa, según su padre, de una hija bastarda).

Recordemos estas palabras de la abuela: “así como me llamo Berta te digo que vos no vas a tener ese bebé”. La oposición por parte de la abuela a que la mamá sea madre -oposición a la que la joven madre no cede-, se convertirá luego en otro modo de negación al maternaje de su hija: la abuela retiene al bebé como propio, se erige ella como madre, desautoriza a la mamá del niño concretizando de este modo su repulsa originaria. Como si dijera: “No lo abortaste... pero tampoco lo tendrás...”.

Una abuela-madre, un tío-padre, una madre-hija, un padre-ausente, un abuelo-violento, tienden las sábanas de una cuna donde la confusión generacional y los lazos incestuosos y violentos cobran vida. Los primeros ocho años del pequeño “demonio”, se nutrieron de este alimento.

Hace dos años (2020), cuando inicia la pandemia, la llegada del padrastro a la vida del niño y su madre, pareciera iniciar un nuevo orden de cosas. Se mudan de la casa de la abuela y se van a vivir juntos. Pero al intentar armar alguna legalidad hogareña, se hacen evidentes la falta de límites del niño y sus conductas disruptivas. Opino que no son falta de límites lo que aqueja a Belcebú, sino haber incorporado otra legalidad... la manipulatoria. Este niño hace un pleno ejercicio de la ética conocida, la de su abuela. Dice la mamá: “la abuela le dijo que si hacía todo para que salga mal y vuelvan a su casa le iba a comprar

todo lo que quería”. “El problema acá es mi mamá y las cosas que le pueden decir al nene”.

Las mentiras, la voracidad, la manipulación son las conductas que la mamá y el padrastro no logran interpretar como mensajes del niño acerca de su caos interior por haber sido un objeto en la disputa entre la abuela y la madre.

Sin embargo, quisiera resaltar algunos aspectos amorosos, eróticos, desde el discurso de la madre: “Yo no tenía ni voz ni voto. Cambié cuando nació él”. “Me hice más fuerte”; “no sos un demonio”; “hacer cosas mal, eso no te hace un demonio, hijo”. Ante la pregunta de Belcebú sobre el suicidio y el aborto, acerca de si ella había querido abortar, si para ella hubiera sido mejor que no naciera, la mamá afirma que no, que él le cambió la vida y la hizo más fuerte.

Si en algún momento no tuvo voz... al menos démosle un voto...

Edmond y Marie Cécile Ortigues (1987 [1986]) plantean respecto de los lazos familiares un concepto que nos permite dar una síntesis a este tópico y abrir al último al que haré referencia (el juego). Es el concepto de “reparto de cartas familiar”.

Escriben los Ortigues:

“Utilizando una metáfora tomada de los jugadores de cartas, llamemos “reparto de cartas familiar” a este acervo de rasgos suministrados al comienzo, señalando no obstante que las cartas, en el juego, se distribuyen al azar, mientras que en el niño recibe rasgos organizados cuyas relaciones internas él mismo tendrá que descifrar. Un niño no puede modificar las cartas que recibe, pero las puede utilizar, jugar, de maneras diversas. Hay cartas fáciles de jugar, otras difíciles. Hay cartas perversas, cartas locas” (p. 54).

Veamos cómo ha podido jugar sus cartas Belcebú en el marco de su tratamiento, tomando prestado el concepto que C. y E. Ortigues proponen como “tensión entre el lugar ofrecido y el lugar ocupado” (p. 75), para introducir el intento del niño de alejarse de esas condiciones para construirse y movilizarlas para su

propio progreso. Esta tensión es lo que intentaré comentar en el ítem del juego en las sesiones.

El juego en las sesiones

Las secuencias de juego de Belcebú son muy ricas en cuanto al material simbólico que despliega. Es un niño con capacidad lúdica y hace un buen uso de ella en las sesiones.

Diría que el tipo de juego es preponderantemente el *elaborativo*. Quisiera destacar que el modo en que María de la Paz lo instrumentó fue en el preciso sentido freudiano del término. Elaboración es, freudianamente, el *“trabajo realizado por el aparato psíquico con vistas a controlar las excitaciones que le llegan y cuya acumulación ofrece el peligro de resultar patógena. Este trabajo consiste en integrar las excitaciones en el psiquismo y establecer entre ellas conexiones asociativas”* (Laplanche y Pontalis, 1981 [1968], p. 106).

Resalto este concepto porque elaborar en el juego no es crearle al niño un final feliz o una realidad menos dolorosa, generalmente muy alejada de la suya propia.

Leo en la secuencia de la sesión donde el Jolly Bee más humano queda roto y muy lastimado, que la analista no contradice ni corrige su fantasía devolviéndole una solución maníaca. Belcebú dice: “Esas cicatrices van a quedar para siempre. Lo roto queda roto. Las vendas son para que no se vean las lastimaduras” y María de la Paz le señala: “las lastimaduras se curan en algún momento, no quedan para siempre abiertas, lo que quedan muchas veces son cicatrices. Son marcas, pero uno las puede llevar”. Y el niño responde: “eso que decís me hace sentir mucho mejor”.

Tomando este criterio sobre el juego elaborativo como *recurso de ligadura*, evitamos calificar al juego de un niño como violento o agresivo (y en

consecuencia evitar que lo sea), sino entrar en esa lógica lúdica que le permite la expresión de su convulsionado mundo interno.

Jolly Bee inaugura el espacio analítico; es su metáfora lúdica.

Dice Belcebú poniéndole voz al personaje: “Mi alma estaba en un niño. Antes era un niño, pero mi alma entró en un robot luego que envenenaron la comida. Creo que fue el Hombre Morado”. La analista dialoga con Jolly Bee, no con el paciente. Intervención lúdica que le permite al niño sostener su personaje y mantener la distancia necesaria con el conflicto narcisista. Distancia que permite en la secuencia siguiente acercar el personaje a su persona:

Dice Belcebú respecto de Jolly Bee: “Jolly Bee está feliz (...) Se olvidó de todo y ahora es feliz, igual es robot”. ¿Te gustaría tener la capacidad de olvidar?, pregunta su analista esta vez al sujeto, no al personaje. “Mmm no, porque no puedo”. ¿Pero hay algo que te gustaría olvidar? “Papá... me hizo daño durante muchos años. Y se está olvidando de mí y no me quiere ver y yo quiero olvidarlo para siempre. Se hace el tonto, dice que no tiene dinero, me miente. Yo fui un hijo no deseado. Nací por accidente. No fui imaginado”.

Esta secuencia muestra cómo en el diálogo lúdico, es posible ir del personaje que sufre al niño que sufre y viceversa.

Esto se sostiene en la sesión siguiente la que inicia contando una pesadilla. Cuenta la última que tuvo, esta vez en la que es atropellado por un camión. Su cuerpo es percibido en el sueño como el de un viejo. “Viejo” me resuena a un modo con que se llama a los papás...

Luego de esto, como una siguiente asociación, esta vez gráfica, dibuja al Jolly Bee más humano. Dice: “Me hice más humano, pero sólo por fuera, adentro sigo siendo el personaje. No soy más abandonado, ahora disfruto del mundo”. ¿Quién te abandonó?, pregunta María de la Paz a Jolly Bee. “No sé, quien me creó”. ¿Querés que lo busquemos? “Antes todos pensaban que era un robot malo, que tenía los ojos rojos”, responde y rompe al Jolly de antes y a la hoja.

Volviendo al sujeto del relato del sueño la analista le pregunta entonces: ¿qué pasa después que te atropellan en el sueño? “Luego está todo oscuro, veo solo mi alma, que soy yo ahora, que flota cerca mío, como un espíritu que tiene mi cara. Tiene cara de miedo, se acerca a mí y siento que me va a hacer algo feo, matarme o mandarme al infierno”. Agregó yo, ¿al lugar donde moran los demonios...?

Continúa su analista: ¿Y si le pudieras hablar? “En el sueño no le puedo hablar. Pero le diría que no me haga nada. Esa alma tiene ojos rojos”. ¿Como el Jolly Be de antes?, le pregunta. “Sí, pero más rojos”. ¿Y si le decís que se vaya? “Primero le preguntaría qué quiere de mí, y luego le diría que se vaya”.

Interpreto en este sueño la tensión entre dos aspectos contrapuestos en su mente: el alma de su yo con su cara por un lado y su otro yo amenazante, con cara de miedo y malas intenciones.

Jolly Bee va mutando, puede estar muy lastimado, con todo el cuerpo roto, manchado de sangre, roto sin querer pero más humano, como una nueva versión también humana aunque lastimado. Con cicatrices imborrables y con vendas que ocultan lo roto para que no se vean las lastimaduras. Fantasías lúdicas que indican la buena capacidad de este niño de poder darle a su historia una derivación elaboratoria.

Jolly Bee cambia y Belcebú también. Lo escuchamos en la sesión donde se lo ve claramente reflexivo respecto de sí mismo: “Con mamá y padrastro no soy valiente. Les tengo miedo”. Se retracta. “No quiero pelearme con ella, no quiero hacerle mal” (esto parece ser un juicio de condenación sobre un deseo de ataque a la madre y repulsa a su lugar de malo). “Siempre digo que soy muy fuerte pero no es verdad”, (interesante nueva versión de lo que puede encubrir una mentira).

Frente al modo de defenderse (recordemos que en una sesión introduce el tema de la pedofilia) propone para hacerse valiente y fuerte: “Hacer ejercicio, destruir torres reales con princesas y príncipes, (no, ¡mentira! eso fue un juego)” -aclara. Y como resabio de su impronta destructiva advierte a su analista: “Si saco la furia

vas a tener serios problemas. Porque soy muy enojón. Yo me enojo fácil”.
Interesante reflexión que traduce ser malo, en “enojón”.

Parecía que todo venía bien hasta que luego un año y cuatro meses de
tratamiento la mamá -por mensaje de texto-, informa que el tratamiento se
interrumpe por problemas económicos y que “tenían que hacer ajustes con
algunas cosas”. El niño y su tratamiento es una de esas “cosas”...

La última sesión

Esta es, sin duda, la más conmovedora.

Desde el inicio predomina la negación del final que muestra su necesidad de
continuar con el espacio.

Dice: “¿Me ayudás? Sos la persona más confiable que tendría para que me
ayudes a hacer esto”. Cuenta entonces que tiene un robot desarmado que quiere
armar con su analista.

Y propone un juego donde los simios luchan contra los humanos. El y los otros
dos que lo defienden serían los simios y los humanos serían los cinco que
molestan.

Luego, como historización de los logros del tratamiento Belcebú ubica que le
permitió no ser tan débil, mejorar sus acciones y sentimientos y no equivocarse.

El juego final, que dice haber preparado, estimo que es su fantasía de despedida:
una pelea entre el Robot y un tal Pepe que reaparece después de mucho tiempo
(¿figura de un padre?, ¿metáfora de la violencia y el deslugar? ¿O de un cuidado
alguna vez recibido? ¿de la analista?).

Robot y Pepe deben unirse para derrotar a los palos asesinos. La pelea termina
con el robot muerto ... y un Pepe que vence a los palos. El robot antes de morir
agradece la ayuda.

Al finalizar la sesión, evita el saludo, habla de cualquier cosa y dice que en la próxima sesión va a traer a la pandilla de Jolly Bee.

Pero no habrá próxima sesión... su madre dice que él comprende pero esta negación demuestra que no quisiera que haya despedida...

El origen de la vida de Belcebú fue sorpresivo e inesperado. El final de su tratamiento también por un “problema económico”. Pregunto: ¿económico de dinero o de economía libidinal?

Sin embargo, ante una interrupción siempre nos queda la pregunta acerca de si el trabajo realizado ha permitido promover alguna herramienta para su estructuración subjetiva. Pronto se acerca la pubertad y esto puede ser un desafío.

¿Podrá armar solito el robot desarmado que quería armar con su analista?

Compleja mezcla de esperanza e incertidumbre sobre el futuro de este niño.

Recibido: 8/05/2023

Aceptado: 06/06/2023

Bibliografía

Aulagnier, Piera (1991). Nacimiento de un cuerpo, origen de una historia. En *Cuerpo, historia, interpretación. De lo originario al proceso identificador*. Buenos Aires: Paidós.

Dolto, Françoise (1986). *La imagen inconciente del cuerpo*. Barcelona: Paidós. [Trabajo original publicado en 1984].

Ortigue, Marie-Cécile y Edmond (1987). *Cómo se decide una psicoterapia de niños*. Buenos Aires: Celtia. [Trabajo original publicado en 1986].

Rodolfo, Ricardo (1989). *El niño y el significante*. Buenos Aires: Paidós.

Laplanche, J.; Pontalis, J-B. (1981). *Diccionario de Psicoanálisis*. Barcelona: Labor, 5ª edición. [Trabajo original publicado en 1968].

Winnicott, D. (1989). *Los bebés y sus madres*. Cap. 5 (1966). Buenos Aires: Paidós. [Trabajo original publicado en 1987].